

La pieza del mes. 24 de febrero de 2018

Museo Arqueológico Municipal de Jerez / Asociación de Amigos del Museo

Olla tartésica con motivo oriental

Dña. Ester López Rosendo

Arqueóloga



Una de las piezas más singulares recuperadas en las cabañas tartésicas del yacimiento de Los Villares de Jerez es el borde de este vaso a mano decorado a la altura del hombro con una cenefa de motivos incisos figurativos que representa un esquema bien conocido en los repertorios orientalizantes tartésicos.

La pieza de cocción reductora, pasta de tonalidad grisácea, núcleo negro con desgrasantes finos y medios cuarcíticos, de concha y cal, presenta la superficie rugosa y el interior quemado, así como algunas franjas por el exterior. Se trata de un vaso de grandes dimensiones que podría alcanzar los 26 cm de diámetro, aunque no se conserva completo. El borde algo estrangulado y exvasado con el labio redondeado, es el único que presenta un tratamiento especial alisado.

La decoración se concentra por el exterior de la pieza, en la zona bajo del borde, y representa una secuencia de flores de loto que alternan la flor abierta con cinco pétalos entrelazada con otro capullo de loto cerrado en una banda ancha horizontal. La parte más completa (FIG.1) conserva los pétalos de las dos flores laterales y el capullo central.

La técnica empleada fue la incisión mediante la que se realizó un dibujo enmarcado en tres líneas guía, previamente diseñadas en horizontal en la base del cuello, a la mitad y al final del hombro de la pieza, como si se tratara de un ensayo o la copia de algo que se estaría visualizando en el momento de la realización del diseño decorativo.

Por debajo de esta cenefa se realizó una banda de impresiones o pequeñas digitaciones que se disponen en la base del dibujo (López Rosendo 2007: 14, nota 9, fig. 5). Tanto las líneas incisas como las impresiones fueron rellenas posteriormente con una pasta cerámica de tonalidad negruzca, para resaltar el dibujo, que posiblemente contenga algún pigmento de naturaleza mineral, una técnica que ya se conocía en algunos vasos a mano incisos rellenos de yeso en el Bronce Final.

Hemos documentado tres fragmentos de la misma pieza en dos fondos de cabaña diferentes de la denominada Zona 1 del yacimiento y bastante separados entre sí (cuadrículas 326 O, 326 Ñ y 740 S). Entre la fosa 740 y la fosa 320 existe una separación de unos 20 m. en línea recta, aunque hay numerosos fragmentos cerámicos que pegan entre sí. El hallazgo de un aríbalo griego, del Corintio Tardío I, en el interior de la Fosa 320 confirma una datación precisa del conjunto en el segundo cuarto del siglo VI a.C. (575-550 a.C.), vaso pintado que además está decorado con una flor de loto abierta de cuatro pétalos.

La interpretación de estas ollas resulta compleja pues algunas parecen estar realizadas a torno lento o torneta, otras a mano, pero en ambos casos presentan un tratamiento exterior poco cuidado que consiste en un alisado exterior o simplemente permanece rugoso e irregular, por lo que en numerosas publicaciones se les atribuye el apelativo de “burdas” o “cerámicas toscas” de cocina o almacenamiento.

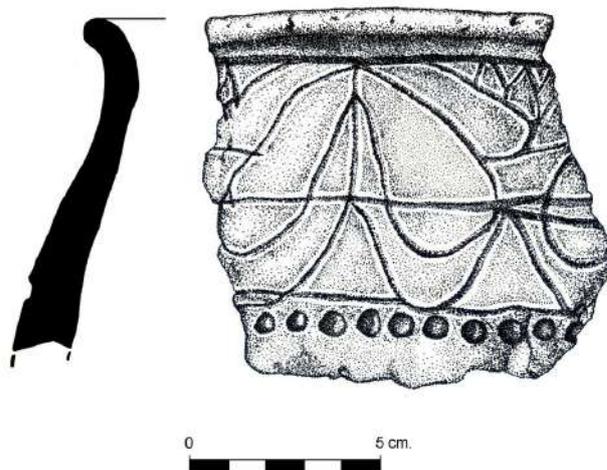


Fig. 1. Detalle del fragmento más completo de la olla decorada de Los Villares junto a su dibujo

Las impresiones digitales son las decoraciones más frecuentes sobre estas ollas a mano en los contextos tartésicos de Andalucía Occidental. La pobreza de los materiales empleados y la simpleza de la decoración hecha con la impresión de la yema de los dedos sobre la cerámica aún sin cocer, en las que apenas se conocen ejemplares más sofisticados que las que introducen algún elemento inciso o asas plásticas en forma de luna en relieve, llevó a una falta de interés por parte de los investigadores que centraban sus estudios en otras cerámicas de mayor calidad y variedad o procedentes de los numerosos centros mediterráneos con los que convivían en las estratigrafías arqueológicas.

El aspecto tosco que presenta este tipo de cerámica hecha a mano ha llevado a interpretarlas como vasos para almacenamiento o para ser colocados directamente sobre un hogar (Ladrón de Guevara 1994: 339). El diseño básico consiste en una hilera horizontal de impresiones digitadas plasmada en diferentes zonas, dependiendo de la forma del recipiente, aunque el más generalizado es en el hombro, en el tránsito entre el borde y el cuerpo. Este tipo de decoración se da tanto en ollas como en cuencos con o sin carena, aunque el tipo más difundido en Andalucía Occidental en época orientalizante es la olla de perfil en "S" que aparece en las postrimerías del siglo VIII a.C. definida como la Forma 1 por Ladrón de Guevara, que se mantiene como básica hasta mediados del siglo VI a.C. (*idem*: 43-45, fig.2)

Esta autora recoge hasta treinta y una variedades de motivos diferentes con respecto a la zona del vaso donde se localizan estas impresiones y el número de alineaciones. Hay dos motivos fundamentales en la decoración que emplea digitaciones, el Motivo I (hilada de digitaciones en el hombro de los vasos) y el Motivo II (digitaciones en la parte superior del borde, en piezas de cuerpos reducidos). Pero a partir del motivo XVII, se inicia la gama decorativa en la que se asocian digitaciones con otros motivos incisos que diversifican las decoraciones, sobre todo en el momento álgido de la producción de estos vasos a mano decorados, en el período comprendido entre el siglo VII y principios del VI a.C. La sencillez decorativa se complica ahora con incisiones de diversos motivos, aunque la base de la composición en todas ellas sigue siendo una hilera de impresiones digitadas.

En principio el recipiente cerámico que estudiamos es una variante de las llamadas ollas decoradas con impresiones digitales y se podría encuadrar dentro del Motivo XXXI de ollas digitadas de Ladrón de Guevara que se define como una banda de digitaciones con una línea incisa que la separa del motivo superior, aunque en ninguno de los casos recogidos por esta autora se identifica el motivo figurativo documentado en el vaso de Los Villares de Jerez. Considerándose la región tartésica de Huelva como la que presenta la "vanguardia decorativa" de este tipo de ollas, iniciativas que parten de sociedades relacionadas con la explotación metalúrgica (Ladrón de Guevara 1994: 323 y 340), el ejemplar de Los Villares de Jerez es, sin embargo, el único conocido hasta el momento de época tartésica decorado con incisiones figurativas formando una cenefa con flores de loto en combinación con una banda de digitaciones.

La primera mención que se hace de estas cerámicas decoradas con impresiones digitales la hace Bonsor a fines del siglo XIX, pues cita cuatro ejemplares entre los vasos recuperados en algunas de sus excavaciones realizadas en Los Alcores sevillanos, como las del yacimiento de El Acebuchal de Carmona. Bonsor planteaba la existencia de una "cultura agrícola" sobre la que se superpone la llegada de unos pueblos "incineradores", hipótesis que llevaba implícita la idea generalizada en aquella época de la expansión indoeuropea materializada en la cultura de los "campos de urnas" (Ladrón de Guevara 1994: 20). Pero no será hasta la década de 1960 cuando se asienten definitivamente las bases de las secuencias arqueológicas y comience el auge de los estudios de las culturas protohistóricas locales en Andalucía Occidental.

El tema del origen de la cerámica a mano con decoración digitada lo recupera Blanco Freijeiro en la excavación del Cerro Salomón que ofreció restos de estas cerámicas toscas con impresiones digitadas. Este yacimiento fue considerado un punto importantísimo de explotación minera en el distrito de Riotinto, con una arquitectura que probaba la presencia de gentes orientales, un lugar de encuentro entre comerciantes fenicios y chipriotas con poblaciones indígenas debido a la presencia de estas cerámicas toscas y que conformó el crisol de culturas que interactuaban en Tartessos.

En este contexto Blanco planteó una hipótesis de filiación de estas cerámicas toscas que ha tenido tanto seguidores como detractores, y es el planteamiento de la semejanza entre las cerámicas a mano decoradas con digitaciones y las de la Cultura de Cogotas I, interpretando así un posible origen meseteño e indoeuropeo de las mismas (Blanco 1962).

En 1970 la recogida de materiales estratificados en la ladera noroeste del Cabezo de San Pedro de Huelva corroboró la asociación de las cerámicas a mano locales con cerámicas de origen mediterráneo y aunque se mantenía la idea del posible origen centroeuropeo o simplemente norteño de las mismas, comenzó a conformarse también la hipótesis de si esta cerámica de tipo doméstico pudiese estar elaborada por los colonizadores semitas bajo un planteamiento difusionista (Blázquez, Luzón, Gómez y Clauss 1970). Esta corriente ha tenido seguidores que ven un origen oriental en estas cerámicas decoradas con digitaciones por paralelos en yacimientos prehistóricos de algunas islas y costas del Egeo (Chipre y Troya). En Grecia durante la “Edad Oscura”, en torno al año 1000 a.C., se producen invasiones de pueblos centroeuropeos como los dorios a los que se asocia un tipo de cerámica conocida como la “*Coarse Ware*” o “*Barbarian Ware*” de Schachermeyr (1982: 93-113), con impresiones digitales pero de escasa presencia en la costa sirio-palestina, donde la cerámica a mano había desaparecido casi por completo de la vajilla de uso común.

La perduración de tradiciones indígenas en los tres primeros siglos de la colonización comienza a cuestionarse también en los propios enclaves fenicios. Y así la problemática se vuelve aún más compleja cuando, a raíz de la excavación de las primeras factorías fenicias de la costa de Málaga, comienzan a documentarse las mismas cerámicas toscas con decoración digitada que se habían documentado en Huelva, constatándose que las cerámicas a mano son más abundante en los niveles inferiores cuando se fraguan los primeros contactos entre autóctonos y fenicios. Las intensas excavaciones realizadas por el Instituto Arqueológico Alemán en las costas malagueñas permitieron acotar el marco cronológico de estas cerámicas locales hasta su total desaparición hacia el 500 a.C., ya que no perduran ni como cerámicas de cocina al ser sustituidas íntegramente por las cerámicas a torno.

En aquel momento durante la celebración del V *Symposio de Prehistoria Peninsular* (1968) dedicado a “Tartessos y sus problemas”, Blanco, Luzón y Ruiz Mata (1969) plantearon la secuencia de ocupación de numerosos yacimientos de Andalucía Occidental en los que estas cerámicas, aparentemente indígenas, no se encontraban en sus niveles más profundos. Su aparición además en un momento plenamente orientalizante, que coincide con su documentación también en ámbitos domésticos fenicios, deja pues planteada la cuestión de si se trata de una cerámica elaborada por la población indígena o traída por los colonos orientales.

En la literatura científica los estudios dedicados a estas cerámicas comienzan y terminan a mediados de los años 90. Uno de los trabajos es el libro de síntesis de I. Ladrón de Guevara, resumen de su tesis de Licenciatura defendida en la Universidad de Cádiz en 1993 (Ladrón de Guevara 1994). Esta autora analiza los ejemplares conocidos hasta entonces en yacimientos de Andalucía y Alicante, tanto la forma de los vasos cerámicos como las diferentes modalidades de decoraciones que tienen como base la impresión digitada. Además presenta un patrón diferencial entre la Andalucía Oriental donde aparecen las decoraciones digitadas antes, en contextos culturales del Argar Tardío y asociadas a cerámicas del tipo Cogotas I, mientras que en el sector Occidental el período de máximo esplendor de estas producciones cerámicas se produce entre finales del siglo VIII y el VI a.C., especialmente durante los siglos VII y comienzos del siglo VI a.C. (Ladrón de Guevara 1994: 329-332).

Hace ya 25 años que Diego Ruiz Mata presentó en el congreso celebrado en Jerez bajo el título *Tartessos, 25 años después (1968-93)*, un resumen de su tesis doctoral sobre la cerámica a mano protohistórica de Andalucía Occidental que incluía tanto las cerámicas del Bronce Final como las de la primera época orientalizante (Jerez 1995).

Pero en ambos casos, estos estudios se centraban en los yacimientos hasta entonces mejor conocidos de Andalucía Occidental que incluían la zona de Huelva y el valle del Guadalquivir (Sevilla y Córdoba), en los que la provincia de Cádiz y el valle del río Guadalete aparecían prácticamente

vacíos de contenido. En relación con las ollas con impresiones digitadas, Ruiz Mata las definió como el Tipo G.II (1995: 278-279, lám. 25 y 26) destacando que se trataba de “un elemento extraño a la vajilla tartésica” de la que se especulaban dos posibles orígenes: uno indoeuropeo y otro fenicio. Sin embargo, defiende la constatación de la existencia de estas cerámicas en momentos prefenicios, aunque su mayor desarrollo se produce desde fines del siglo VIII y sobre todo en el siglo VII a.C., en la Fase II plenamente orientalizante, acompañando a las formas tartésicas características de este período. Aunque son muy abundantes en la zona de Huelva donde los ejemplares más antiguos aparecen en la Fase IB del Cabezo de San Pedro, son menos frecuentes en El Carambolo, en Valencina y en la Bahía de Cádiz.

Por aquellos años Ruiz Mata y González Rodríguez publican el lote de ollas digitadas hasta ahora más numeroso del valle del río Guadalete pertenecientes al fondo de cabaña orientalizante de El Trobal (Ruiz Mata y González 1994: 220-221, Fig. 4 y 5), el precedente más cercano tanto en tipología como en cronología de los ejemplares del yacimiento jerezano del Cerro de Montealto/Los Villares. En el fondo de cabaña de El Trobal se fechaban sobre todo en el siglo VII a.C. y son las ollas con decoración digitada las más frecuentes frente a otros motivos decorativos.

También en el poblado de cabañas orientalizantes de Vaina, en la campiña portuense, son las ollas a mano digitadas las más frecuentes (Ruiz Mata y González 1994: 222-223, Fig. 22,5-6). Y aunque los hallazgos de nuevos ejemplares de ollas a mano orientalizantes decoradas con impresiones digitadas han sido continuos en los yacimientos tartésicos de la campiña gaditana y del valle del río Guadalete, como los ejemplares documentados en la necrópolis de Mesas de Asta, en La Basurta, Cerro de La Batida, cueva de La Dehesilla de Algar (Martí *et alii*, 1974: 25 y 29) (FIG. 2), *Carissa Aurelia* (Perdigones *et alii* 1987: 70), Meseta del Almendral de Puerto Serrano (López Rosendo 2001: 84-85), Cerro de Olvera (Guerrero y López 2010: 27-28, Fig. 7) y *Acinipo-Ronda la Vieja* (Aguayo *et alii* 1987; Martín Ruiz 1995: 224, fig. 229), aún no han sido objeto de un estudio detallado.

Asimismo, cabe señalar que en estos años se publican otros hallazgos de estas ollas a mano en



Fig. 2. Olla a mano con decoración digitada de cueva de La Dehesilla de Algar. Foto MAMJerez

contextos fenicios costeros como los del Castillo de Doña Blanca (Ruiz Mata y Pérez 1995: 64).

Recientemente se ha publicado también un lote muy completo hallado en las excavaciones del Teatro Cómico de Cádiz, en niveles pertenecientes al Período III (Fines del siglo VII e inicios del VI a.C.) que confirman la convivencia de estas ollas a mano en espacios domésticos fenicios durante la época orientalizante (Torres *et alii* 2014: 77, fig. Fig. 22 j-l), aunque están ausentes en los niveles más antiguos de los siglos IX y VIII a.C. Lo interesante de este yacimiento es que no existen ollas de tradición fenicia pues todas las vajillas de cocina documentadas son de tradición local, no constatándose las llamadas “*cooking pots*” de los yacimientos de la Edad del Hierro de la costa sirio-palestina que sí aparecen en el horizonte más antiguo de la colonización fenicia de la Península Ibérica como las halladas en la *c/ Méndez Núñez de Huelva* (González de Canales, Serrano y Pichardo 2004: 78, lám. XV:3-16 y LIV:3-6) pero que desaparecen en la fase de colonización posterior en todos los enclaves fenicios de Andalucía, sustituidas por las cerámicas a mano de tradición autóctona.

Las ollas a mano decoradas del Teatro Cómico de Cádiz son sobre todo vasos de perfil en “S”, de mediano y pequeño formato, que siempre están elaboradas con barro local. Fabricadas durante la segunda mitad del siglo VII y comienzos del VI a.C., coinciden con el momento de máximo apogeo de este tipo de producciones decoradas con digitaciones en Tartessos (Ladrón de Guevara 1994: 332). La abundancia de estas ollas a

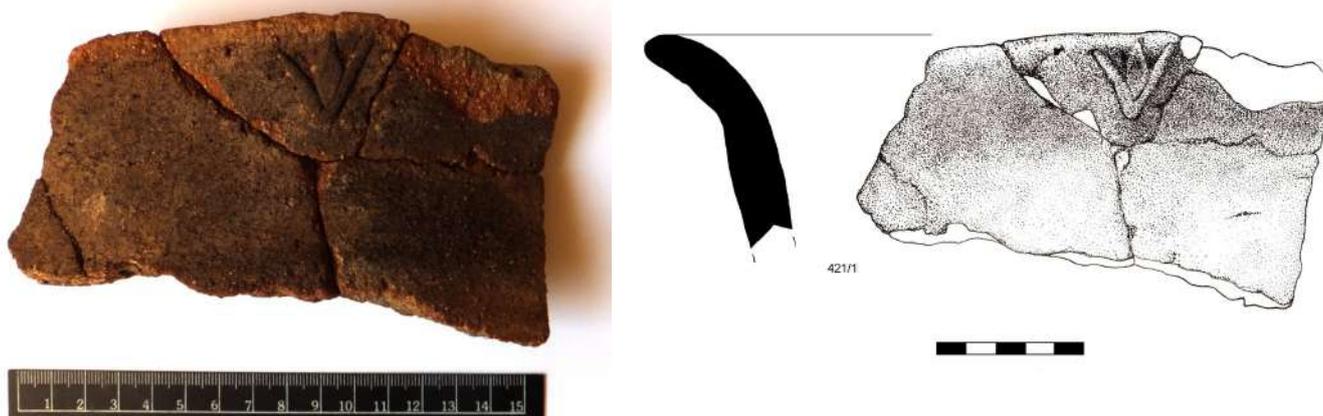


Fig. 3. Vaso de almacenamiento del Teatro Cómico de Cádiz con una flor de loto modelada a mano junto a su dibujo

mano decoradas así como la variabilidad de motivos tanto unguilaciones, incisiones como digitaciones se hace patente justo en este período anterior a la imposición de las ollas a torno con incisiones en el hombro que se generalizan a mediados del siglo VI a.C.

En el Teatro Cómico de Cádiz también se conoce un gran vaso a mano de tipo chardón con una flor de loto modelada en barro, a modo de aplique plástico decorativo, junto al borde exterior de la pieza (FIG. 3). Corresponde al Período III, de fines del siglo VII e inicios del VI a.C. (Torres Ortiz *et alii* 2014: 77-78, Fig. 22 ñ). A mediados del siglo VIII a. C. pertenece una pieza de marfil que fue hallada en un contexto de derrumbe de habitación. Se trata de una placa rectangular con la técnica de bulto redondo, característico de la escuela fenicia de Oriente. Representa una guirnalda de flores de loto, con una gran flor abierta que ocupa la posición central de la escena y dos cerradas a ambos lados de menor tamaño.

En el contexto de la Bahía de Cádiz se conocen precedentes en vasos a torno con este mismo motivo orientalizante pintado. Los datos de los que disponemos son los hallados en el barrio fenicio del Castillo de Doña Blanca, abandonado a fines del siglo VIII a.C. sobre cuyos derrumbes se depositaron potentes estratos de relleno del siglo VII a.C. En estos estratos de fines del siglo VIII y comienzos del VII a.C. se han documentado fragmentos de vasos de gran capacidad que representan motivos figurativos de animales fantásticos y flores exóticas (Ruiz Mata y Pérez 1995: 63). En los contextos cerámicos de esta misma época en transición al siglo VII a.C. se citan, entre las cerámicas a mano indígenas, ollas toscas que a ve-

ces se decoran en el hombro con impresiones digitadas (*idem*: 64). Sin embargo, en el Castillo de Doña Blanca y en toda su zona de influencia, a partir de mediados del siglo VI a.C. van desapareciendo las clásicas decoraciones digitales que son sustituidas por simples líneas incisas horizontales alrededor del hombro, motivo que caracteriza a las ollas ya realizadas a torno de época turdetana en la Bahía de Cádiz (Ruiz Mata y Pérez 1995: 70).

En la campaña portuense se conoce otro ejemplar de *pithos* con la representación pintada figurativa de un cervatillo de estilo orientalizante en el Cortijo de Vaina, un fondo de cabaña tartésico de la misma cronología que los documentados en el yacimiento de Los Villares de Jerez (de Prada 1995: 125 y 127, Lám. III.3). En el valle del Guadalete hay restos de grandes vasos pintados con trazos geométricos de debieron formar parte de estos *pithoi* posiblemente de composición figurativa en el yacimiento de Torrevieja de Villamartín (Gutiérrez 1999: 31) que deben fecharse en el siglo VII a.C.

También entre los ajuares funerarios de la necrópolis fenicia de Cádiz, en contextos cronológicos fechados entre los siglos VII y VI a.C. entre los tipos ornamentales de la orfebrería fenicia gaditana sobresalen los de origen oriental, de estilo egipciante, con un elevado número de representaciones vegetales o fitomorfas y de animales, siempre con un sentido religioso como la flor de loto, rosetas, palmetas y aves que son los temas más recurrentes. Recientes excavaciones en la necrópolis arcaica han dado como resultado el hallazgo de un disco de marfil decorado con incisión que representa figuras de estilo orientalizan-

te en la tumba de Los Chinchorros, fechada en el siglo VII a.C. (Lavado Florido 2010: 314-315). Por tanto, en la época en la que se fecha nuestra olla tartésica del yacimiento de Los Villares de Jerez la iconografía de la flor de loto era un tema bien conocido en el imaginario colectivo del entorno de la Bahía de Cádiz.

Pero también, esta iconografía tuvo una amplia expansión en numerosos ámbitos tartésicos del valle del Guadalquivir y en toda la antigua región tartésica, siendo uno de los lenguajes pictográficos mejor representado y conocido en los objetos de arte orientalizantes, tanto en bronce tartésicos, como en orfebrería, eboraria y cerámica. El más conocido es el bronce Carriazo (FIG. 4) que se asocia al culto a la diosa Astarté, por desgracia una pieza descontextualizada.

drangular que sustituían a las cabañas de planta circular del Bronce Final. En 1992 en una excavación realizada en el Palacio del Marqués de Saltillo (Barrio de San Blas) se documentaron tres edificios protohistóricos superpuestos desde la segunda mitad del siglo VII a.C. a mediados del V a.C. Del más antiguo de ellos se excavó una habitación completa de planta rectangular orientada longitudinalmente en sentido Este-Oeste que se interpreta como un complejo religioso, construido con zócalos de mampostería de piedra, alzado de adobes revocados con arcilla y encalados, y pavimentos de arcilla roja. A la habitación se accedía por un vano situado en la esquina sur, y en las tres esquinas restantes se documentaron sobre el pavimento restos de tres grandes *pithoi* decorados con escenas de estilo orientalizante; el de mayor tamaño (*Pithos A*) con una procesión de cuatro grifos recreando un ambiente nilótico caminando entre flores de loto, y los otros dos (*Pithos B* y *C*) (FIGS 5 y 6), representaban grandes lotos con la secuencia entrelazada del capullo de la flor cerrada, mustia y abierta en alusión a



Fig. 4. Bronce Carriazo y detalle de su dibujo con la diosa Astarté portando un pectoral de flores de loto

Pero el ejemplo mejor conocido fue hallado en las excavaciones urbanas de Carmona. Allí ya en los siglos VII y VI a.C. se construían edificios con técnicas claramente orientales de planta cua-

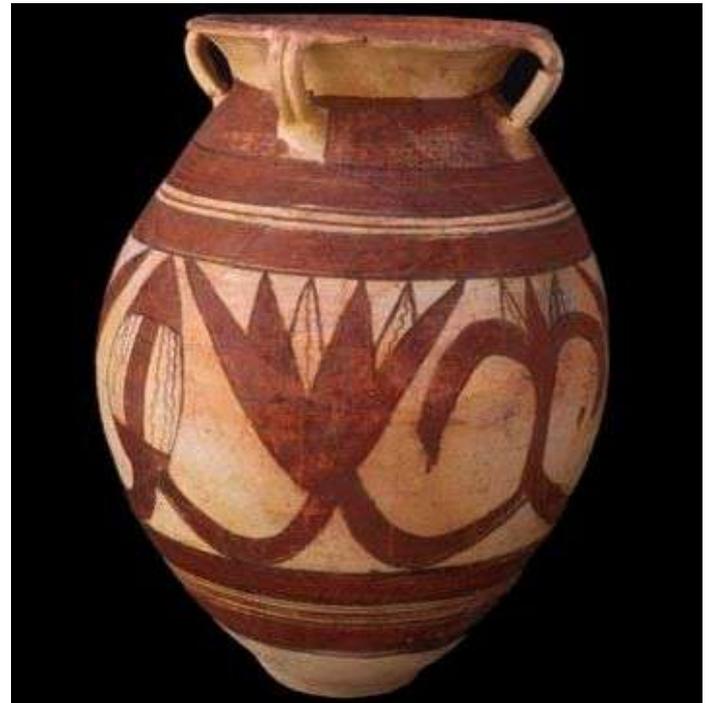


Fig. 5. Vaso orientalizante pintado con una secuencia de flores de loto hallado en la casa-palacio del Marqués de Saltillo (Museo de Carmona)

las tres fases del ciclo de la vida: la vejez, la muerte y la regeneración del loto sagrado (Belén *et alii* 1997: 151-157, Fig. 35 y 36), el mismo discurso que encontramos representado en la olla tartésica de Los Villares de Jerez. En los rellenos de este edificio también se documentaron gran-

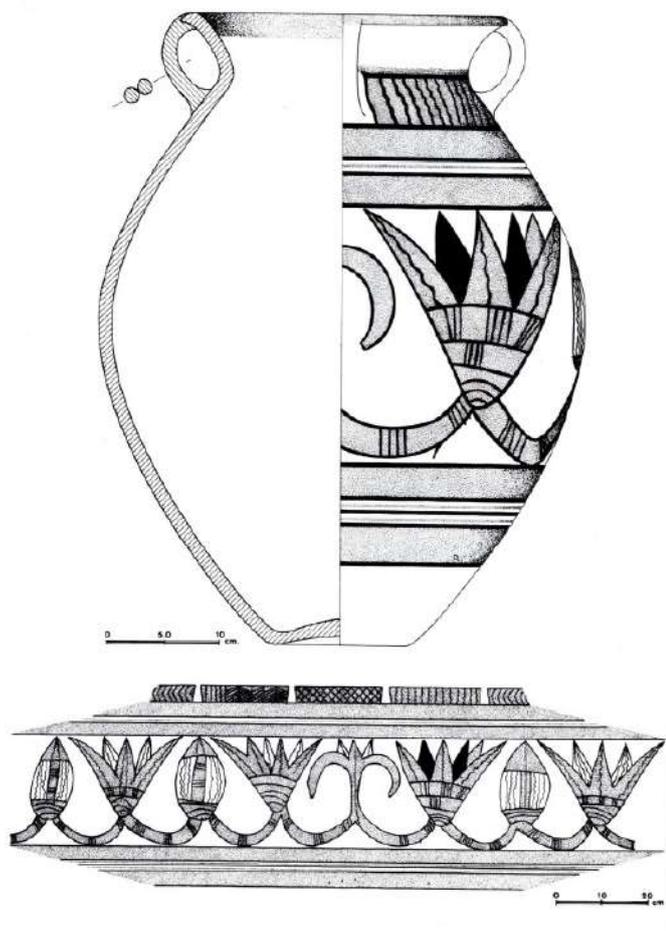


Fig. 6. Dibujo del *Pithos C* de Carmona (según Belén *et alii* 1997: 156, fig. 36).

des ollas a mano con mamelones y fragmentos decorados con digitaciones, entre otras cerámicas de la época. La población tartésica de Carmona se enterraba en las necrópolis de Los Alcores donde se documentan algunas tumbas definidas como “principescas” entre las que destacan las de El Acebuchal o la Cruz del Negro, conocidas por sus ricos ajuares que incluyen muchas veces peines de marfil con motivos grabados de inspiración orientalizante.

A lo largo del siglo VII a.C. este esquema decorativo se difunde por todo el valle del Guadalquivir alcanzando la cuenca alta, como los ejemplares encontrados en el Edificio D de Montemolín (Marchena) fechado a fines del siglo VII a.C. En este contexto aparecen ollas a mano con impresiones digitadas de tradición local junto a grandes vasos a torno de estilo orientalizante decorados con figuras de esfinges, grifos, toros y leones procesionando entre ramificaciones de flores de loto, abiertas y cerradas, palmetas, rosetas y roleos, con una fuerte carga simbólica que constitu-

yen los mejores paralelos de los vasos encontrados en Carmona. Un lenguaje pictográfico figurativo sólo conocido en la región de Tartessos en cerámicas casi siempre a torno con morfología de origen fenicio, aunque con un estilo decorativo que se inspira en cerámicas bícromas de tradición griega (*Bichrome IV*) que solían pintar figuras de perfil enmarcadas en negro como algunos ejemplares de la Grecia del Este, pero ausente en la producción pintada sobre vasos cerámicos del ámbito fenicio.

Estos vasos pintados se relacionan en la región del Guadalquivir con una vajilla de carácter especial por su calidad técnica y el cuidado de sus decoraciones, destinada a un servicio singular que se interpreta, en la mayor parte de los casos, como una vajilla con la que la población tartésica realizaría las prácticas rituales de sus tradiciones mítico-religiosas.

Fuera de Andalucía, sólo hemos encontrado paralelos, aunque no exactos, en algunos yacimientos orientalizantes de la comunidad de Madrid y Ciudad Real. En el yacimiento de Puente Largo de Jarama (Aranjuez) se conocen fragmentos de un vaso de grandes dimensiones, a mano, decorado con motivos incisos de la flor de loto pero sin impresiones digitadas (Muñoz López-Astilleros y Ortega 1997: 144, Fig. 5), dentro de un edificio singular de planta rectangular y esquinas redondeadas construido con zócalo de piedra. Este yacimiento parece controlar el vado natural del río Jarama hacia una zona de alto interés ganadero por la existencia de manantiales de sal y está conectado con el antiguo camino de Andalucía, por lo que desde la Antigüedad constituye un paso natural para la exportación de la influencia orientalizante hacia el mediodía peninsular. Precisamente otros dos ejemplares de vasos decorados con flores de loto incisas se han hallado en el yacimiento de *Ecce Homo*, en Alcalá de Henares (Almagro y Dávila 1988), y en el poblado del Cerro de Las Nieves de Ciudad Real, fechado ya entre los siglos VI y V a.C. (Fernández *et alii* 1994: 121-fig. 4).

La imagen de la secuencia de flores de loto es un lenguaje que los fenicios adoptaron de la iconografía religiosa egipcia y es una temática muy recurrente en las escenas decorativas de numerosas piezas de artesanía fenicias como marfiles, bronce y joyas. Se conocen igualmente represen-

taciones de la flor de loto en algunos marfiles fenicios y orientalizantes (FIG. 7) formando parte del fondo decorativo de escenas zoomorfas con cervatillos, gacelas y grifos alados (FIG. 8), junto con elementos florales como papiros y palmetas, o como motivo principal en la que la flor de loto es

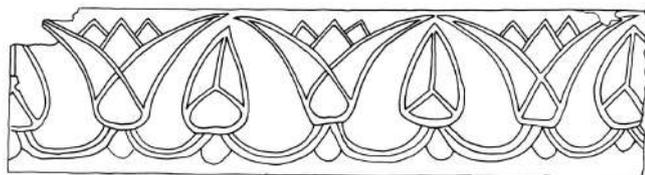


Fig. 7. Dibujo esquemático de un marfil tartésico con la secuencia de flores de loto

minar después de muchos siglos y tiene la particularidad de crecer incluso en el lodo, emergiendo su flor desde la profundidad del fango, ya que sus brotes se forman bajo el agua. Por este motivo el loto sagrado se convirtió en un símbolo religioso al asociarse al proceso de la creación y regeneración de la vida. Esta metáfora de la resurrección pasó al mundo fenicio gracias al constante contacto comercial y cultural y así llegó a calar en algunas creencias funerarias como puede observarse en la secuencia de flores de loto esculpidas en el sarcófago de Ahiram de Biblos, fechado en torno al año 1000 a.C. (FIG. 9).



Fig. 9. Detalle de un relieve funerario del sarcófago fenicio de Ahiram de Biblos

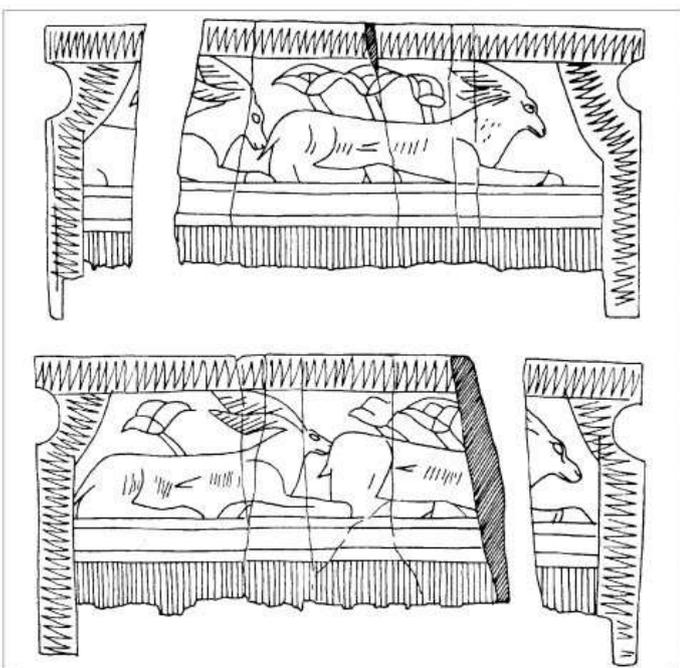


Fig. 8. Anverso y reverso del peine de marfil de Osuna (según Aubet 1978: 61, fig. 7)

interpretada como el “Árbol Sagrado”, una temática religiosa relacionada con la regeneración de la vida y la resurrección, muy conocida igualmente en el Próximo Oriente al menos desde el I^{er} milenio a.C.

La relación entre la simbología de la flor de loto y el mito osiriano se encuentra en el ciclo vital del *Nelumbo nucifera* popularmente conocido como "loto sagrado", flor acuática del Nilo que se cierra de noche y se abre de día aunque sus flores son efímeras, pues renacen en la primavera tardía y verano (usualmente de junio a agosto). Esta flor es considerada un símbolo sagrado por la longevidad de sus semillas que pueden ger-

minar después de muchos siglos y tiene la particularidad de crecer incluso en el lodo, emergiendo su flor desde la profundidad del fango, ya que sus brotes se forman bajo el agua. Por este motivo el loto sagrado se convirtió en un símbolo religioso al asociarse al proceso de la creación y regeneración de la vida. Esta metáfora de la resurrección pasó al mundo fenicio gracias al constante contacto comercial y cultural y así llegó a calar en algunas creencias funerarias como puede observarse en la secuencia de flores de loto esculpidas en el sarcófago de Ahiram de Biblos, fechado en torno al año 1000 a.C. (FIG. 9).

Que este vaso de Los Villares aparezca en un contexto rural de la campiña gaditana no es sorprendente, ya que es uno de los tipos definidores de las llamadas “Unidades de Producción Agrícola” (U.P.A.) o asentamientos agropecuarios en los que se utilizaban básicamente como recipientes de almacenamiento. Este yacimiento se encuentra separado en línea recta a unos 11’5 km de Mesas de Asta y a 7’5 km del Castillo de Doña Blanca, más cercano del asentamiento fenicio que de la ciudad tartésica. Evidentemente la disputa por el control del territorio de explotación debió ser muy reñida entre los dos grandes núcleos poblacionales que políticamente dominaban la campiña gaditana, al final del Período Orientalizante tartésico.

Es posible que a lo largo del siglo VI a.C. los fenicios pudieron haber ejercido un control efectivo sobre su *hinterland*, entendiendo las necesidades de explotaciones agropecuarias inmediatas a los grandes establecimientos fenicios de la costa como *Gadir*. Debemos plantearnos pues si se trata de asentamientos propiamente indígenas o con



Fig. 10 . Imagen aérea del yacimiento arqueológico de Los Villares, en la campiña noroccidental de Jerez

un componente semita importante, pues la presencia de elementos a torno es muy significativa, sobre todo si atendemos a los que se dedican específicamente al almacenaje y transporte de alimentos. En este contexto el vaso decorado de Los Villares, hasta el momento único en su composición decorativa conocido, es el fruto de la hibridación cultural de varias tradiciones: por un lado atendiendo a su tecnología utiliza aún el barro modelado a mano y el motivo de las impresiones digitadas que se rellenan de pasta oscura para resaltar el dibujo, una técnica de tradición local, pero incluye un motivo decorativo de clara inspiración oriental que entronca con una iconografía religiosa egipcia.



Fig. 11. Fondo de cabaña tartésico 320 en proceso de excavación

Precisamente es en este contexto de hábitat rural y de productividad agrícola donde se entiende mejor el mensaje religioso de la búsqueda de la regeneración de los campos que intrínsecamente se desprende de motivo figurativo representado

en este recipiente cerámico orientalizante del yacimiento de Los Villares de Jerez.

Sobre el pensamiento religioso de los tartesios tenemos la noticia que transmite Estrabón (III, 1,6) quien nos dice que los turdetanos tenían una literatura milenaria, de tradición tartesia, que abarcaría documentos histórico-mitológicos, épicos y legislativos de la que apenas tenemos documentación escrita. Sin embargo, contamos con algunos mitos hispano-fenicios y tartesios transmitidos a través de numerosos testimonios iconográficos orientalizantes en estos documentos arqueológicos como el ejemplo que analizamos, y que para M. Almagro Gorbea se conforman en el marco intelectual del “Círculo de Gadir” que influye en toda la región tartésica (Almagro Gorbea 2013: 100).



Fig. 12. Placa de marfil de Nimrud (Irak) Período Neoasirio, siglos IX-VIII a.C. (Ilus. OSMA. The British Museum)

Si analizamos el vaso tartésico de Los Villares bajo esta óptica, nos estamos acercando a un fragmento de literatura transmitida de forma pictográfica, un símbolo apotropaico o propiciatorio en el que se inserta la metáfora religiosa del ciclo de la naturaleza, con la alternancia de la vida y la muerte, el mito osiriano a través del loto sagrado que en la Bahía de Cádiz se transmitió mediante los cultos orientales como el de la *egersis* o muerte ritual de Melqart. Y así, de este modo, tanto la pieza como su funcionalidad recobran un valor añadido que trasciende del objeto decorado con una funcionalidad meramente ornamental.

Ester López Rosendo

DESCRIPCIÓN

Olla tartésica de cerámica a mano, decorada bajo el borde con una composición orientalizante figurativa que representa una secuencia de flores de loto abiertas y cerradas realizadas con la técnica de la incisión. En la base de esta cenefa se desarrolla una banda horizontal de pequeñas impresiones digitadas. Toda la composición decorativa está rellena de barro de color negro para resaltar el dibujo.

Dimensiones

Alt.: 9 cm; Long.: 22 cm; Grosor: 1 cm; Diám. boca: 26 cm.

Cronología

Segundo cuarto del siglo VI a.C. (575-550 a.C.)

Procedencia

Fondos de Cabaña orientalizantes de la Zona 1 del yacimiento de Los Villares/Montealto (Jerez de la Frontera). He han documentado tres fragmentos de la misma pieza en dos fondos de cabaña diferentes (UE 326 O, 326 Ñ y 740 S). Intervención arqueológica de 2004-2005. Directora: Ester López Rosendo. Fecha de ingreso: 12/08/2004



Bibliografía básica

- ALMAGRO GORBEA, M. (2013): *Literatura hispana prerromana. Creaciones literarias fenicias, tartesias, iberas, celtas y vascas*. Clave Histórica 39. Real Academia de la Historia. Madrid.
- ALMAGRO, M Y DÁVILA, A. (1988): "Estructura y reconstrucción de la cabaña de Ecce Homo 86/6", *Espacio, Tiempo y Forma*. Serie I, Prehistoria T.1: 361-374. UNED.
- BELÉN, M.; ANGLADA, R.; ESCACENA, J. L.; JIMÉNEZ, A.; LINEROS, R. Y RODRÍGUEZ, I. (1997): *Arqueología en Carmona (Sevilla). Excavaciones en la Casa-Palacio del Marqués de Saltillo*. Colección *Arqueología*. Serie Monografías de la Consejería de Cultura. Junta de Andalucía. Sevilla.
- GUERRERO MISA, L. J. Y LÓPEZ ROSENDO, E. (2010): "El descubrimiento de un nuevo enclave tartésico-orientalizante en la Sierra de Cádiz: el "oppidum" de Olvera", *Papeles de Historia* nº 6: 63-92. Ubrique.
- GUTIÉRREZ LÓPEZ, J. Mª (1999): "Tartésicos y Turdetanos en el interior de Cádiz. Torrevieja (Villamartín), un yacimiento en la cuenca media del Guadalete", *Revista de Arqueología*, nº 217: 26-35. Madrid.
- LADRÓN DE GUEVARA SÁNCHEZ, I. (1994): *Aportación al estudio de la cerámica con impresiones digitales en Andalucía*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz. Cádiz.
- LÓPEZ ROSENDO, E. (2007): "El yacimiento arqueológico de Los Villares/Montealto y los orígenes tartésicos y romanos de la población de Jerez", *Revista Historia de Jerez* n.º 13: 9-34. Centro de Estudios Históricos Jerezanos. Jerez de la Frontera.
- (2013): "Fenicios e indígenas en la campiña gaditana: los fondos de cabaña orientalizantes de Los Villares (Jerez de la Frontera, Cádiz)", *Actas del VIº Congreso Internacional de Estudios Fenicio Púnicos*: 398-405. Lisboa.
- MUÑOZ LÓPEZ-ASTILLEROS, K Y ORTEGA BLANCO, J. (1997): "Elementos de inspiración orientalizante en la cuenca media del río Tajo: el yacimiento de "Puente Largo de Jarama" (Aranjuez, Madrid)", *Spal* n.º 6: 141-163. Sevilla.
- DE PRADA JUNQUERA, M. (1995): "Un nuevo yacimiento del Bronce Final tartésico: el Cortijo de Vaina (Cádiz). Nueva aportación al repertorio de recipientes rituales metálicos con asas de manos", *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología* nº 35: 123-135. Madrid.
- RUIZ MATA, D. (1995): "Las cerámicas del Bronce Final. Un soporte tipológico para delimitar el tiempo y el espacio", *Tartessos, 25 años después (1963-1995)*: 265-313. Jerez de la Frontera.
- RUIZ MATA, D. Y GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R. (1994): "Consideraciones sobre asentamientos rurales y cerámicas orientalizantes en la campiña gaditana", *Spal* n.º 3: 209-256. Universidad de Sevilla. Sevilla.
- RUIZ MATA, D. Y PÉREZ, C. J. (1995): *El Poblado fenicio del Castillo de Doña Blanca*. Biblioteca de Temas Portuenses n.º 5. Ayuntamiento de El Puerto de Santa María. El Puerto de Santa María.
- TORRES, M.; LÓPEZ, E.; GENER, J. M.; NAVARRO, M. A. Y PAJUELO, J. M. (2014): "El material cerámico de los contextos fenicios del "Teatro Cómico" de Cádiz: un análisis preliminar", *Nuove acquisizioni fenicie in Andalusia (= Collezione di Studi Fenici* nº 46): 51-82. ISCIMA. Roma.